

# LOS JÓVENES ULTRAS DEL FÚTBOL ANDALUZ<sup>1</sup>

Álvaro Rodríguez Díaz  
(Universidad de Sevilla)

## RESUMEN

*Es de consenso público identificar a los ultras del fútbol como un mal social: una disfunción. Esta común perspectiva se basa en describir un síntoma. Porque las gradas del estadio son una representación social de las distintas posiciones estatutarias que ocupan los aficionados. Tal escenario es uno de los escasos lugares donde algunos jóvenes pueden ocupar un rol protagonista, contrariamente a su narrativa social, que es débil e itinerante.*

## ABSTRACT

*It is generally accepted to consider the soccer-«ultras» as a social malady, a misfunction. But, this common opinion is based only on the description of a symptom. This, because the circles of the football-stadiums reflect the different social status of the fans. This kind of scenery is one of the few moments where parts of the youngsters believe to be the protagonists, contrary to their weak and unstable social background.*

## 1 Introducción

Delimito este artículo alrededor de tres conceptos: Andalucía, Joven y Ultra. Andalucía como territorio que, más allá de lo oficial, responde a un imaginario colectivo, histórico. En este ámbito, me referiré a los espectadores que asisten a un estadio de fútbol profesional, a los que podemos clasificar desde varias categorías *funcionales*. Entre las demográficas está el grupo de edad, que sitúa a los jóvenes como un grupo entre la infancia y los adultos. Esa distinción está ordenada por conveniencias que estratifican a los sujetos en cohortes, codificación orientada al orden del mercado, incluida la enseñanza. Para localizar a los ultras me baso en dos consideraciones: el modo de animar al equipo y la posición social de lo aficionados. No hay separaciones nítidas entre los tipos de espectadores. Reconociendo la mayoría de claroscuros, simplifico dos modos opuestos en el grado de anima-

---

1 Agradezco a Matilde Panadero y a Rufino Acosta por sus comentarios y sugerencias a versiones preliminares de este artículo.

ción: radical o accesorio<sup>2</sup>. La radical se entiende como la más persistente, ruidosa y colorista y está integrada por los ultras. Pero estos jóvenes se identifican con determinados *estilos de vida*, sujetos a una extracción social, normalmente «clase obrera»<sup>3</sup>. La posición que ocupan en la escala social, al igual que la posición que ocupan en el estadio, es secundaria y está subordinada.

Esta breve descripción facilita el objetivo: abrir reflexiones sobre los jóvenes ultras en el fútbol andaluz. Me aproximo a tales grupos entendiéndoles como una construcción social: han sido producidos por la opinión pública. A la vez, son un producto social: sus miembros responden a determinadas formas de socialización, por lo demás nada excepcionales. Localizo a las asociaciones donde se integran, desde un análisis del proceso de sus transiciones sociales. Por otro lado, analizo a los grupos ubicándolos en espacios y tiempos determinados. Las hinchadas juveniles elegidas para el estudio fueron las del Sevilla F.C. y el Cádiz C.F., y en concreto los *Biris* y las *Brigadas Amarillas*, como grupos representativos<sup>4</sup>.

## 2 Las hipótesis en juego.

La opinión pública ha dispuesto etiquetas para localizar a grupos de jóvenes. Los mismos jóvenes lo asumen:

*«Los heavies se definen por ser de muy izquierda... nacionalistas radicales, mientras que los skins van con la bandera española y son racistas...»* (E.16.C)<sup>5</sup>.

Esta dicotomía recuerda a catálogos juveniles, a finales del franquismo, como el de «progres» y «fachas». En las llamadas tribus urbanas se dan nuevas identidades en las que se mezcla el ideario con la estética. Es el ejemplo de los *red skins*, que «son de izquierdas pero con la cabeza rapada». Hace décadas que asistimos a una cascada de fórmulas para separar más a los jóvenes: *mods*, *rockers*, *rappers*... En realidad, los nombres responden a estereotipos comerciales anglosajones, que equiparan a los jóvenes según la afinidad musical. El ob-

2 Se utilizó un plan de observación directa que constaba de seis fases y cubría un registro de 26 indicadores, entre los que se desglosaba el modo de animación. Las observaciones directas tenían la difícil voluntad de ser sistemáticas, por lo que se clasificaron las gradas según los precios de taquilla. Participaron seis observadores durante el año 1994. En relación con los ultras, la observación se amplió de manera más participante, incluyendo viajes en autobús a otras ciudades y estableciendo relaciones personales más directas e informales.

3 El concepto «clase obrera» (trabajadores manuales, semicualificados...) se utiliza según la propuesta de Goldthorpe (Carabaña, 1995: 119).

4 Se realizaron diez entrevistas abiertas y dos reuniones de grupo, repartidas entre jóvenes seguidores de los Biris y las Brigadas Amarillas. Posteriormente se aplicaron 150 encuestas personales con preguntas cerradas. Para la realización del trabajo de campo, en una primera fase, se recibió una ayuda de la Junta de Andalucía.

5 Esta cita, y las que seguirán en cursiva, están tomadas de las transcripciones del análisis cualitativo. Al final de cada cita se incluye entre paréntesis una letra E=«entrevista», o GD=«grupo de discusión», después la edad del entrevistado, todos son varones, y finalmente S=«Sevilla» o C=«Cádiz».

jetivo es segmentar el mercado, para alentarlos a nuevas variantes del consumo discográfico, por lo que se recurre a facilitar una falsa exageración sobre los mismos jóvenes. Para Fredric Jameson el estereotipo es «el lugar de un exceso ilícito de sentido» (1998: 106).

La clasificación comercial de los jóvenes se introduce en el mercado de los deportes, de ahí los ultras como nuevos consumidores de espectáculo, pero también como espectáculo en sí. Se les suele registrar bajo el concepto de «subcultura juvenil». Este concepto facilita que se encasille tajantemente a los individuos en este o en aquel grupo. Incluso separar a dos subgrupos dentro de uno. Para los mismos jóvenes eso no es un problema, si se utiliza la estética indumentaria como fuente de información clave:

*«En gol norte, quizás predominan dos estéticas simplificando muchísimo la cosa. Una es una estética un poco más rockera, chupas de cuero, chupas vaqueras, con el anagrama del Sevilla, pelo largo; y otra estética, digamos más al ultra actual, de las chaquetas estas verdes con el forro naranja, botas de soldado, pantalones de soldado, pelo corto...» (E.20.S).*

El etiquetaje favorece que el individuo etiquetado asuma tal sello como propio: *«al principio, cuando veníamos aquí a ver al Cádiz, pues, nos llamaban ultras y eso... ahora, pues sí... soy de los ultras.» (E.15.C)* Anthony Giddens apunta cómo las teorías enfocadas al etiquetaje se organizan desde el punto de vista de la desigualdad:

*«Las etiquetas utilizadas para crear categorías de desviación y los contextos en los que se aplican, las definen los ricos para los pobres, los hombres para las mujeres, y las mayorías étnicas para las minorías.» (Giddens, 1998: 327)*

El ultra andaluz no se reconoce como *hooligan*<sup>6</sup>, que se refiere al modelo inglés de aficionado radical. Es la etiqueta de los hinchas camorristas que disfrutaban destruyendo, lo que en el lenguaje policial español se llama «grupos ersivos». Bill Buford, escritor norteamericano, se mezcló con ellos y narró iluminados ejemplos:

*«Me atraen esos momentos en los que la conciencia se detiene, los momentos en los que sólo se piensa en sobrevivir... Allá, en las calles de Fulham, me sentí, a medida que el grupo rebasó el abismo metafórico, como si literalmente fuese ingrávito... en un estado de euforia adrenalínica... Y por primera vez fui capaz de comprender las palabras que utilizan los hinchas para describir esa experiencia. Esa multitudinaria violencia era su droga.» (Buford, 1992: 240)*

Para Buford, la violencia en el fútbol es una nueva forma de «cultura popular». A este respecto, propongo dar la bienvenida a algunas hipótesis: ¿No fue el *hooliganismo* una circunstancia aprovechada por el poder británico para desviar

---

6 El término *hooligan* se puede traducir por «gamberro». Su origen se debe al apellido de una familia pendenciera de Londres, a finales del siglo XIX. (Según nota de Miguel Martínez-Lage, traductor de *Entre los Vándalos*, Buford 1992: 25).

los nacionalismos de escoceses, irlandeses o galeses? ¿Tiene el fenómeno algo que ver con la disciplina de la educación inglesa? Dice Mario Gaviria que las peleas entre *supporters* anglosajones son un problema de jóvenes sometidos a mucha disciplina laboral, con trabajos por debajo de su formación (Gaviria, 1979). Luis Racionero (1985), también apunta el contraste entre el norte y el sur de Europa respecto a los modos de enfrentarse a las emociones. Sin duda, la realidad andaluza dista mucho de los parámetros de la violencia gratuita y palpable en los países del norte.

De otro lado, Vinnai observa el transcurrir del fútbol desde la tecnificación del mismo. Analiza el paralelismo de la organización del trabajo y la organización del deporte profesional. Ello se ilustra con la especialización de los jugadores, a los que se llegan a aplicar técnicas tayloristas para su capacitación, para su mayor productividad, al igual que en el resto de las empresas:

«Los 22 atletas proveen a los millares que colman las tribunas de actividades reguladas por normas, que se asemejan a las vigentes durante el cumplimiento del trabajo.» (Vinnai, 1974: 32)

En realidad, la especialización de los trabajadores es paralela a la especialización de los aficionados. Así, en el estadio se observa un consumo distinto según los espectadores, definidos por los distintos modos de uso ante el mismo servicio de entretenimiento. Al igual que los deportistas (productores) se han especializado, también lo han hecho los aficionados (consumidores).

Norbert Elias (1992) parte de que los primeros juegos deportivos modernos tuvieron como objetivo el control social de los alumnos en las *public schools* inglesas, a mediados del XIX. Estos centros eran internados, donde se formaban los hijos de la alta burguesía y la nobleza. El tiempo libre de los jóvenes estudiantes se dedicaba a los juegos populares, atávicos y rurales. Tales prácticas, sin apenas reglas, empezaban a entenderse como violentas, incluso sanguinarias. Los accidentes, las salvajadas y los heridos empezaron a ser un problema para una comunidad que quería ser ordenada e industriosa. Entre las soluciones de los educadores está el deporte moderno, que recupera los juegos tradicionales pero los ordena, evitando la violencia.

La formalización del tiempo libre está en la base del nacimiento del deporte. Es el control de los cuerpos en espacios determinados con reglas fijas y productivas, tal como indica Foucault (1984) cuando se refiere a la génesis del poder moderno. Ese proceso de civilización es consecuente con el proceso de la industria y del mercado, que se formaliza. El *fair play* era un nuevo valor, un contrato entre *gentlemen*, tan aplicable al comercio como al deporte. Norbert Elias analiza el proceso de civilización que se desarrolla desde la Europa cortesana, que intenta anular la guerra entre caballeros. Esa tregua se establece mediante pactos, parlamentos, reglas políticas.

Así, los juegos tabernarios fueron suprimidos en la socialización de los jóvenes ingleses, gracias, sobre todo, a los periódicos, que apoyaron la destitución de esas prácticas. Los poderes reformistas del siglo XIX sustituyeron los juegos vulgares que practicaban los estudiantes de las élites británicas: los racionaliza-

ron, los delimitaron, ordenando instituciones para su regulación. Se impone la competición y la clasificación, en un proceso similar al de la economía que implanta el *record* como medida, se hace productiva y se basa en *rankings*.

Aplicando el esquema de Elias nos remontamos a 1904, cuando el gobierno español aprueba la ley del descanso dominical, una vieja aspiración de los sindicatos obreristas. Las crónicas del periódico del lunes siguiente señalaban el aburrimiento general de los trabajadores que, «sin saber que hacer», acudían a beber a las bodegas, lo que hizo aumentar el alcoholismo y el malestar público. En ese mismo año se crea el primer campeonato deportivo, a celebrar los domingos. Antes, eran las élites las que cultivaban la práctica deportiva. Más tarde, con la instauración del tiempo de ocio obrero, las clases trabajadoras crean sus clubes apoyados por la patronal en sus fábricas. Se funda el campeonato de la Liga de fútbol, abriéndose el espectáculo. La ocupación malsana del tiempo libre es sustituida por el tiempo controlado, mediante el deporte. Los procesos de pacificación, de los que habla Elias, son los procesos de control disciplinario del espacio, de los que habla Foucault. Pero no son procesos inacabados hoy día, donde la ausencia de reglas fijas entre muchos espectadores, incluso entre los jugadores, son elementos que propician que el proceso de pacificación siga abierto.

El fútbol prolonga y se alimenta de los valores de la sociedad. El amplio número de personas, congregadas en el estadio, comparte los mismos valores para el juego que para el trabajo: competir y ganar. García Ferrando señala que la violencia en el fútbol se inserta en un sector de seguidores que no asumen la alegoría de este deporte. Ello hace identificar el espectáculo con la competición, ignorando el aspecto lúdico o educativo: «Hay grupos que parece ser no son capaces de ver la metáfora, no ven la diferencia entre el deporte y la vida real...» (García Ferrando, 1992: 3).

Las multitudes pueden ser un refugio personal para cualquier irracionalidad. El anonimato, el estímulo del gentío, etc., son circunstancias tratadas por diversos autores, desde ideologías tan dispares como la de Fromm (1975), o la de Le Bon, defensor del fascismo, para el que: «una muchedumbre es un cuerpo febril, delirante, en estado de hipnosis» (Le Bon, 1975: 25). Freud sintió asimismo inquietud intelectual por el instinto gregario: «La masa se nos muestra como una resurrección de la horda primitiva» (Freud, 1980: 60).

Los ultras pagan por ver el partido pero no han renunciado, inconscientemente, a participar en el juego. En los orígenes del fútbol había un continuo intercambio entre jugadores y espectadores (Bale, 1993). Pero ahora los ultras son clientes, al mismo tiempo que forman parte del espectáculo. Practican un juego paralelo al que se ejercita en el césped, pero con reglas más arbitrarias, un juego que ellos entienden como *diversión* y el resto como *impostura*. Konrad Lorenz afirma que algunos adolescentes son jóvenes instintivos, que no han asumido las normas sociales al igual que en las hordas prehistóricas:

---

7 Un argumento parecido se puede encontrar en Baigorri (1996), cuando relaciona el proceso de civilización de los ultras con la transición de lo rural a lo urbano.

«La necesidad instintiva de ser miembro de un grupo bien unido y que luche por ideales comunes es tan fuerte que tiene importancia secundaria saber cuales son esos ideales y su valor intrínseco. Esto explica, creo yo, la formación de pandillas juveniles cuya estructura social es, con toda probabilidad, una reconstrucción bastante semejante a las que se dan en las sociedades primitivas.» (Lorenz, 1974: 18)

En contra de la débil teoría del instinto surgen otros enfoques que entienden la agresividad como el resultado de un aprendizaje. Fromm, por ejemplo, señala que las bandas prehistóricas no se destacaban por actitudes violentas, sino por la máxima cooperación.

«Sólo al aumentar la productividad y la división del trabajo, formarse un gran excedente y grandes estados con jerarquías y élites, aparecen la destructividad y crueldad a gran escala...» (Fromm, 1975: 27)

También Scott (1970), sin descartar el elemento instintivo, le confiere un carácter aislado, secundario ante el aprendizaje: la agresión se aprende y es producto de la frustración. Vázquez Montalbán apunta en ese sentido:

«¿Cómo explicarse, pues, la agresividad en el deporte?. Indudablemente como una válvula de escape, no del instinto agresivo del hombre, sino de las presiones que una determinada organización de la vida le llevaba a tener que reprimir una agresividad latente, raras veces autoclarificada. Esta agresividad aparece clara y abundantemente entre los fans, entre los hinchas.» (Vázquez Montalbán, 1973: 20)

Desde estas perspectivas la organización social y económica se traduce en desequilibrios, en desigualdades, en reveses que afloran, entre otros escenarios, en la competición deportiva. Tal como aclara White:

«La necesidad del éxito en el resultado deportivo está relacionada con el grado de inseguridad de la estructura social de la comunidad donde se juega el partido.» (White, 1970: 106)

### 3 Los discursos sobre la violencia

En las primeras tomas de contacto con los jóvenes se recibe una referencia clara a la violencia, para rechazarla de inmediato: «*nosotros no somos violentos*». Esa definición excluyente, como «*no violento*», surge espontáneamente sin que el investigador mencione el asunto. En el discurso de la calle y los medios de comunicación la idea jóvenes-ultras-fútbol está asociada a la violencia y ellos mismos se resignan a esa idea:

«*Después del programa del otro día de Mercedes Milá, la gente que pasa en coche y te mira considera que eres un delincuente; entonces claro, es muy difícil decir: yo soy de los Biris.*» (E.17.S)

Dudan, en casos, en interiorizar los mensajes de su propia familia: «*Mi madre me dice que no te vaya a pasar nada*» (E.19.C). Según la Real Academia Espa-

ñola, la palabra violento significa, en su primera acepción: «Que está fuera de su natural estado, situación o modo». Las interpretaciones sobre esta definición son abiertas:

*«Nos llegamos a Valencia, nos encontramos el 'zeta' de la policía delante,... nos bajan [del autocar] y nos llevan no sé pa' donde; íbamos a comisaría; sin haber hecho nada; y nos hicieron fotocopia del carné a tó'l mundo; eso es empezar a provocar...»* (GD. S)

Sus encuentros con las fuerzas del orden son experiencias puntuales. Y, de alguna manera, es positivo para la policía saber que el problema está localizado: los días de partido y en determinadas gradas vigiladas, la cuestión del orden público parece estar libre de dudas. Se les escolta y custodia, y este seguimiento les enaltece en casos, porque se les reconoce cierto poder de manifestación, aunque sea domesticado. Tal poder es más previsible cuando se van a encontrar con aficiones enemigas:

*«En Málaga nos espera buena, porque cuando estuvieron ellos aquí ha salido mucha gente para darles caña; entonces, sabemos que nos están esperando. Hay que prepararlo de forma que vayamos todos juntos. La policía nos va a escoltar, y así no va a ocurrir lo que otras veces, que han cogido a un tío y le han partido la cabeza, sino que si nos cogen, que sean cien contra cien... o cien contra doscientos.»* (GD.C)

La respuesta violenta se sucede ante anteriores agresiones. No es fácil saber qué grupo empezó. Se trata de un círculo que reproduce la hostilidad de un año a otro. Es una reacción mutua, vengativa, histórica, que se asume con normalidad: *«Yo no concibo, por ejemplo, Sevilla-Betis o Málaga-Sevilla o algo de eso, sin que haya enfrentamiento, no lo concibo, me resulta extraño»* (E.21.S).

La obligación de imponer asientos para todos los espectadores se pensó para los fondos de gol<sup>8</sup>. A pesar de ser una norma para prevenir la violencia es también una medida para controlar la venta por taquilla, impidiendo que los clubes vendan más localidades de pie que las asignadas. Pero básicamente es una medida que pretende anular el anonimato, manteniendo fijo al aficionado en un asiento, impidiendo que cambie de lugar, salte o baile. Cuando las entradas eran sin numerar, los ultras estaban *«más cerca»* de los jugadores. Una grada con libertad de movimientos fomenta la conciencia de grupo, e influye más en los jugadores. En el fútbol profesional, la tendencia ha sido alejar a los espectadores lo más posible de los jugadores, alejarles de la violencia del juego, que es una violencia simbólica, una sublimación<sup>9</sup>.

Los ultras son siempre rodeados por la policía, aún más en los desplazamientos a otras ciudades. Este hecho, paradójicamente, les hace ser más visibles, defi-

8 Tal medida viene regulada en el artículo 6 del Real Decreto 769/1993 por el que se aprueba el Reglamento para la Prevención de la Violencia en los Espectáculos Deportivos.

9 A veces tal violencia deja de ser simbólica: en 1968, los disturbios creados en el partido entre El Salvador y Honduras se saldaron con una ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos países.

nidos, cuantificables. Las medidas de seguridad han favorecido la acotación del grupo. Así, las prevenciones de orden público han facilitado la construcción social de los grupos radicales. De un lado, por haber delimitado al colectivo, y de otro lado, por ofrecer las imágenes necesarias para su legitimidad desde los medios de comunicación. Los jóvenes se presentan más observados dentro de los cordones policiales. Incluso algunos se cubren con pasamontañas, asumiendo el rol otorgado. Así, se les reconoce un protagonismo que no encuentran en otro sitio (familia, escuela, barrio...). El modo de control, al que son sometidos, favorece su identidad, su orgullo común, mostrado en respuesta a las cámaras y a los flashes<sup>10</sup>. Además, algunos planes de seguridad facilitan los comportamientos negativos, ya que no favorecen una respuesta dócil de los custodiados. Magnane (1966) señala cómo la inmovilidad casi física de los hinchas fomenta actitudes más hostiles. Para ellos, en algún caso, las acciones violentas, así identificadas, en realidad son modos que expresan el júbilo. Uno de los jóvenes apunta tal sentido:

*«Ese rito de los saltos, el tumulto... yo no creo que tenga nada que ver con la violencia... Los brazos en alto, puños, cazadoras de cuero, pueden parecer... Yo eso lo comparo mucho con un concierto de rock...» (E.22.C)*

Estas manifestaciones desaparecen cuando se alcanzan mayores edades. Al cumplir 24 ó 25 años, se van desplazando poco a poco del núcleo central, ocupando posiciones cada vez más periféricas del bullicio. Se alejan cuando ya han experimentado conductas suficientemente transgresoras, con lo que realizan la compensación social de la transición a la que, involuntariamente están forzados. Por ello, se puede explicar que estos jóvenes vean con naturalidad abandonar el grupo cuando se tiene una novia formal (no digamos una familia) y un trabajo serio, del mismo modo que ven con naturalidad: «...no arriesgarse más si ya te han fichado» (E.17.S).

Informes oficiales reconocen que los medios de comunicación refuerzan a los jóvenes ultras.<sup>11</sup> Porque las verdaderas noticias no son los resultados del partido, sino los incidentes extradeportivos. El mayor ejemplo se encuentra en el Reino Unido, donde confluye el *hooliganismo* con la prensa sensacionalista. Al día siguiente, tras cada jornada futbolística, aparecen más de cien noticias sobre disturbios. Estos mensajes crean dificultades para un análisis sociológico objetivo. Algunos autores muestran cómo el tratamiento de la prensa tabloide impulsa la imagen peligrosa de los *hooligans*. Contra esa imagen los mismos medios proponen aplicar medidas duras, que acaban distanciando a la gente del problema (Dunning *et al.* 1988: 8). Taylor también ha analizado cómo los medios de comunicación clamaban por medidas de orden, que eran puestas en marcha por los gobiernos respectivos. Ese proceso lo describe como «*un ciclo de estímulo y respuesta*», entre la prensa y el gobierno (Taylor, 1985: 160). La prensa no analizaba el vandalismo desde una perspectiva social, la pobreza de las co-

---

10 En algunos casos, el hecho de ser entrevistados por un sociólogo y ser reconocidos como personas con valiosa información parece que ha aumentado su conciencia de militante ultra.

11 Ver Senado (1990).



munidades de la clase trabajadora inglesa, sino desde una perspectiva penal. Por su parte, Mason (1988) observa la coincidencia, a finales del siglo XIX, entre la aparición de la prensa popular y la aparición del espectador de fútbol.

Pero en el fútbol andaluz, los casos de violencia no han sido tantos como en el fútbol europeo, aunque parecidos al resto del España. Por ejemplo, se han registrado apedreamientos de autobuses, con una media de uno al año desde 1987, y también disturbios después de algunos partidos de máxima rivalidad. El hecho más grave tuvo lugar en Cádiz en 1985, cuando murió un espectador por el lanzamiento de una bengala. Fue un accidente fortuito, y dos hinchas fueron condenados por imprudencia. No han sido tantos los problemas, si los comparamos con datos más generales: según la estadística municipal de Sevilla se producen algo más de 5.000 actos vandálicos de todo tipo al año, lo que da unos 14 al día. Una actuación vandálica en un partido de fútbol suele ser magnificada por los medios de comunicación, a pesar de que es una porción mínima del recuento producido. Pero tales actos en el estadio han sido presenciados por muchas personas. Todo el mundo, incluso los no aficionados, incluso en varios países, ha tenido ocasión de verlos en directo, por televisión, y los han repetido días después, desde diferentes ángulos, a cámara lenta. Un ejemplo de la desviación informativa del fenómeno es uno de los informes del «Movimiento contra la Intolerancia» que afirma:

«Se confirma la presencia de skins (cabezas rapadas) en el 90% de los fondos ultras del fútbol andaluz, compuesto en su mayoría por jóvenes varones de 15 a 30 años de edad».<sup>12</sup>

Titulares simplistas como éste destapan una vez más la etiqueta anglosajona: fútbol y racismo (Buford, 1992). Estos tipos de mensajes han sido criticados por John Bale, cuando compara el alarmismo de la prensa inglesa con la realidad de unos incidentes menores. Pone énfasis en las percepciones que siente la gente ante determinados hechos, por ejemplo: los graffitis pintados por los *fans*: «Mientras algunos los ven como un legado de vandalismo otros lo ven como arte» (Bale, 1993: 115). El amarillismo de la prensa no es tan acusado en el caso andaluz. No obstante, en la prensa local de Sevilla casi cada quince días suelen aparecer noticias sobre los ultras. Tales mensajes siempre son negativos. Obviamente han aparecido vandalismos, pero muy agrandados por determinadas informaciones. En un dossier de prensa recogido, se encontró sólo una información positiva sobre los jóvenes ultras<sup>13</sup>.

La Comisión Antiviolenza reconoce en su informe que la violencia está implícita en las relaciones cotidianas. Algunas de las declaraciones son ilustrativas:

«La violencia está en la calle»; (...) «En la propia sociedad, no sólo en la juventud, aunque especialmente en ella»; (...) «Creación de una subcultura violenta que se enquistaba en la sociedad» (Senado, 1990: 48, 44, 59).

<sup>12</sup> Publicado en el periódico *El Mundo*, 17-1-2000.

<sup>13</sup> *Diario 16*, Sevilla, «Un aplauso para los Biris» (16-IX-91).

Muchos autores han establecido un paralelismo entre la guerra y el fútbol. Tal representación bélica se expresa en el lenguaje de las tácticas deportivas: retaguardia, disparo, contraataque... Incluso la expresión de entrenadores y directivos: «hay que luchar a muerte», «al enemigo ni agua», «vamos a dejarnos la sangre»... En las hemerotecas, la documentación al respecto es amplia y turbada. Muchas de estas frases han pasado a formar parte de los cánticos, repetidos por los jóvenes cada domingo. Es amplia la colección de declaraciones calentando el ambiente durante los días previos al partido. Casi siempre se trata llenar las gradas con simple publicidad, a la que los medios de comunicación suelen dar generosa cobertura. La violencia es «estar fuera de su estado natural» y así se conducen muchos directivos, periodistas y aficionados. Y también los jugadores: en una encuesta estatal, realizada por el Instituto Gallup en 1988, dos de cada diez deportistas profesionales manifestaron haber sido incitados a actuar violentamente por directivos durante el descanso de algún partido (Senado, 1990: 190).

También parece que es funcional la presencia de un grupo de ultras, que cumple con un papel de simulacro de la violencia. Las avalanchas, gritos, banderas o tambores, simbolizan el apoyo partícipe a los jugadores, pero demuestran también la fuerza del grupo. La historia del fútbol de competición refleja una sucesiva separación entre el público asistente, que al ir siendo más numeroso se van diferenciando, en espacios más y más segregados<sup>14</sup>. Los ultras son un «grupo intermedio» entre la masa de aficionados y los jugadores. Son los máximos participantes en el espectáculo, lo que les permite acercarse lo máximo posible al juego, favorecer los goles, hacer suya la victoria.

## 5 La construcción social de los grupos

Los grupos surgen a principios de los ochenta en el seno de algunas peñas tradicionales, donde brotan comportamientos heterodoxos y festivos. Después de varios problemas, tales peñas desaparecen siendo sustituidas por los primeros ultras andaluces. A finales de los ochenta, los clubes se capitalizan, acogéndose a la forma jurídica mercantil, como paso previo a la creación de las «Sociedades Anónimas Deportivas», en 1992, todo ello coincidiendo con la explosión del deporte profesional. Aparecen nuevos espectadores-clientes, muchas mujeres (gracias a la «igualdad de oportunidades») y también aumentan los ultras.

Para Acosta y Rodríguez (1989), una de las causas que atrajeron a los jóvenes al fútbol se debió precisamente a las facilidades para conseguir entradas baratas por parte del club. Fue en los años de la transición política en España cuando la población, en general, se alejó del mundo del fútbol. A la crisis económica se sumó el desinterés por el espectáculo, sobre todo en los jóvenes. La oposición democrática había relacionado fútbol con franquismo (Shaw, 1987), lo que ayudó a ese desinterés. De ahí que los clubes ofrecieran abo-

---

<sup>14</sup> Ello también se refleja en el diseño de los nuevos estadios, donde la acotación de espacios se va imponiendo al hilo de la modernidad (Annett *et al.* 2000).

nos ridículos para los más jóvenes. A finales de los setenta las directivas apoyaron a los ultras:

«...ante el aumento de la edad media de los espectadores y la deserción de la afición de los campos de fútbol, les pagaron algunos viajes, les dieron entradas, banderas...» (Acosta; Rodríguez, 1989: 37).

Otro factor fue el mimetismo que se recreó con el fenómeno *hooligan*. En 1985, la opinión pública se estremeció al conocerse la tragedia en el estadio belga de Heysel, en la final de la Copa de Europa. Este hecho amplificó el problema, se habló de *eurohooliganismo*, de conexiones internacionales, se multiplicaron los artículos, reportajes, mesas redondas, sobre la violencia en el fútbol, sobre los ultras, etc. Paradójicamente, esa resonancia facilitó exportar más el modelo a muchos países, incluido España. Los *Ultra Sur* del Real Madrid C.F. y los *Boixos Nois* del F.C. Barcelona rehicieron ese patrón, que se mostraba por televisión. La aparición escénica de los hinchas radicales de equipos contrarios sirvió para que se imitaran las formas, los ritos, las indumentarias... En la temporada 1985-86 se sucedieron, por primera vez, enfrentamientos serios entre seguidores del Real Betis Balompié y el Sevilla C.F., hasta entonces aficiones opuestas, pero no enemigas. En general, según Carter (1989), la aparición de «aficionados jóvenes» recreó un clima psicológico diferente para los espectadores, que dejaron de ser tan homogéneos como antaño. En definitiva, los grupos radicales se imitaban unos a otros, al igual que se imitaban los clubes en sus estrategias sociales, y las empresas mediáticas en sus informaciones.

Ultra significa *más allá*, mucho más que un aficionado: un refuerzo incondicional al equipo, más allá que el ofrecido por los demás: «*Ultras, en general, somos los hinchas radicales*» (E.16.C). De ese modo, se establece una separación respecto a la gran mayoría. Ser ultra es una honra, en tanto que se forma parte de una minoría exclusiva, la más animosa: «*El poco número de aficionados que hay... son muy radicales, digamos, y eso yo lo veo muy bien*» (GD. S). El 90% de los jóvenes encuestados acuden a todos o a casi todos los partidos que el equipo juega en casa. Existen muchos círculos, de tres o cuatro amigos, que van un grupo. Varios grupos pequeños pueden constituir una «sección», de diez o doce personas, que se identifica con los lugares donde residen (sección Triana, Utrera, Puerta Tierra...). Dicha estructura es flexible y surge desde la base, sin jerarquías claras ni estabilidad.

En sus primeras estancias en los grupos ultras, muchos jóvenes procuran demostrar cierta capacidad de valentía, de lograr una «hazaña», como ceremonias para su ingreso y aceptación. Los más pequeños (14 ó 15 años) suelen abrazar la militancia directa, sin reparos. Sólo es cuestión de hacerse ver para ser conocido. Es una autoiniciación, ya que nadie decide ni valora. Se es de los ultras tan sólo por estar en la grada, y fundirse coralmente con los que están ahí. Uno de los miembros activos, de 22 años y con estudios universitarios, algo excepcional, describe las fases por las que transcurre la experiencia. Los nuevos empiezan por hacer «méritos», con el tiempo pueden «liderar» y finalmente abandonan cuando están «establecidos»: Cada fase la corresponde con ciertas edades:

*«Un grupo de gente, desde los 13-14 años, incluso doce años, hasta los 17-18 años, en general. Esto es una generalización que tiene muchas excepciones, pero bueno, es un grupo de gente que es un poco más agresiva, gente que lleva yendo al fútbol a lo mejor un año; hace un año que descubrió el tema ultra, hace un año que descubrió el tema de los cánticos. Es gente que quieren en seguida hacerse notorios, hacer protagonismo, o hacer incluso una especie de leyenda. La gente que entra así, suele ser la gente un poco más agresiva. Luego hay un grupo de gente que ya serían mayores de 23-24 años, que es gente que en su mayoría está 'currando', gente que tiene más 'pasta' y puede permitirse ir a todos los viajes, y es gente que, en general, pasa bastante del tema ultra como organización, de hacer pancartas, etc., gente que pasa totalmente de eso; es gente que va a divertirse; en algunos casos se cogen el 'colocón' en el partido, en otros no. Y luego hay un grupo de gente intermedia entre 18 y 22-23 años, en general, que es la gente que suele dar más la cara. Yo creo que con la gente que nos movemos allí, que estamos haciendo las cosas, creo que es la gente un poco más normal, y es la gente que cuando hay algún problema da mucho más la cara; dan mucho más la cara que los pequeños, que no tienen entidad para darla, dan más la cara que los mayores de 24-25 años, que aparte de tener un poco de miedo de dar la cara, porque ya tienen un 'curro', están un poco, digamos, establecidos, y tienen miedo de perder esa seguridad que tienen en su trabajo, por meterse en 'rollos' de gente pequeña, de ultras, o de cosas que se supone que no tienen ningún tipo de prejuicio delante de la sociedad...» (E.22.S)*

En las ciudades andaluzas hay unos 4.000 seguidores ultras. En los *Biris* hay unos 800, de los que unos 100 son activos, y unos 10 son dirigentes. En las *Brigadas Amarillas* son unos 300 en total. El arquetipo de joven ultra andaluz es un varón, de 18 años, que acude al estadio todos los días que hay partido de fútbol. Es socio del club. Su actividad principal es el estudio, más en niveles de Formación Profesional. Nos encontramos con un 6% de mayores de 23 años frente a un 10% que tienen menos de 14. Se han detectado seguidores de hasta 11 años, son los llamados «chinorris» o «pitufos». Las circunstancias son todavía muy distantes de otros países, como Inglaterra o Italia, donde la edad media ronda los 25 años y la mayoría trabaja. En nuestro caso, casi ocho de cada diez encuestados declararon ser estudiantes (77%), razón equiparable a la población andaluza de esas edades. En cambio, los estudiantes de Formación Profesional suponían una proporción cuatro veces mayor que la existente para la media andaluza. El resto se distribuían equitativamente entre los que trabajaban (13%) y los que estaban en el paro laboral (10%).

Casi tres de cada cuatro jóvenes son socios del club. La mayoría se dio de alta en torno a los 13 años. La afiliación temprana tuvo la necesaria mediación de personas adultas, normalmente padres o parientes. La fidelidad asociativa se mantiene por cuestiones puramente económicas. El coste de las entradas se abarata para los socios y abonados, y hay beneficios por ser menor de edad. Este hecho es importante para los jóvenes hinchas, tanto por su escasa economía como por su hábito de asistencia al estadio. Pero la imagen social de violen-

tos les impide presentarse como ultras. Su actividad se oculta en la vida cotidiana. Se dan casos de padres que desconocen la participación de sus hijos en los grupos. La clandestinidad, a veces como un juego, facilita esa participación.

Los grupos cumplen con algunos de los requisitos formales para poderles denominar asociación: logotipo, revista, carné, bufanda, página web, ingresos... En todo caso se trata de un asociacionismo informal, obviamente al margen de los registros oficiales. Los objetivos son a corto plazo: organizar un desplazamiento, editar un *fanzine*, preparar un *tiffo*<sup>15</sup>, relacionarse con otras hinchadas, etc. La informalidad no quita para que tengan un dinamismo superior al de las peñas tradicionales, más pasivas y burocráticas. Pero ciertas conductas de grupo impiden un mínimo de representación, de transparencia, donde alguien se pueda ofrecer como interlocutor público:

*«Porque en los viajes a lo mejor paramos en un bar, y a alguien se le ocurre irse sin pagar, o robar un jamón, por hacer una gracia como en un viaje de fin de curso, un viaje de estudios... Entonces claro, organizar el viaje, supone asumir una responsabilidad, y claro, asumir la responsabilidad de que lo que hagan a lo mejor diez tíos que vayan... Tú eres la cabeza visible, y si le preguntan al chofer, pues va a decir: este es el que lo ha organizado...»*  
(E.23.C)

## 6 Iguales al mismo tiempo que diferentes

Fuera del encuentro dominical y *sagrado*<sup>16</sup>, durante la semana los jóvenes animadores se diluyen entre los barrios, escuelas y lugares de la ciudad, confundándose con otros tantos de su edad y formación: *«Son tíos que no se ven, pero el domingo se reúne todo el mundo en el fútbol. Allí todo el mundo se conoce y eso»* (E.18.S). Son iguales, al mismo tiempo que diferentes a los otros jóvenes. Su proceso pasa por la vinculación a un escudo de fútbol, nada extraño, aunque desde un modo de apoyo particular, que presume de ser el más «auténtico».

Cuando va siendo menor la dependencia familiar, las relaciones sociales se abren con muchas tonalidades. Sus relaciones empiezan a ser densas y móviles: estudian o lo intentan, buscan trabajo o trabajan, salen de nazarenos en el barrio, van a su caseta de Feria, ensayan las chirigotas, dan vueltas con su ciclomotor, acuden al cine los días de descuento..., pero el día del partido de fútbol se les permite ser protagonistas colectivos, sin jerarquías, y no dejan escapar esa oportunidad fugaz.

Su posición no dista del igual de sus edades, con sus luces y sus sombras, y sus contradicciones estables. La mayoría ha acudido al estadio con sus familias,

15 *Tiffo* es una palabra italiana que se refiere a la escenografía que preparan los ultras (*tiffosi*) cuando salen los jugadores de su equipo. Suelen ser despliegues de pancartas o un mosaico de banderas, lanzamiento de tiras de papel, bengalas...

16 Sobre la «sustitución» de los ritos religiosos por el espectáculo futbolístico véase el interesante y polémico artículo de Bromberger (2000).

para adscribirse después a otra forma de participación que, en principio, reúne más alicientes: pertenecer a un grupo de jóvenes, que son los más dinámicos y los más consecuentes con lo que se trata de hacer allí: apoyar al equipo local. En otros casos, el modo de adscripción resultará igualmente natural: aceptar la invitación de un amigo, para compartir con él esta forma de distracción en una tarde de domingo. El tránsito se encuentra, a veces, con la resistencia familiar:

*«Me gustaba ir a los desplazamientos con mi padre; pero empezó el tema de los grupos radicales y mi padre ya decía que el fútbol no era nada más que violencia» (GD.C).*

Pero una manifestación alternativa es dejar de acudir al estadio con la familia y mezclarse divertidamente con los ultras. Un informe oficial define a los ultras como «pandillismo adolescente» (Senado, 1990: 204).

Mientras tanto, el destino personal a largo plazo se plantea con muchas dudas. Cuando se manifiestan sobre sus objetivos no ven el futuro. Giran sobre su posición de clase subordinada, sobre su ausencia de protagonismo, y son conscientes de sus miedos:

*«- La clase obrera, la parada, lo que le gusta es el fútbol... Mi padre es gruista, y lo que encuentra; de donde lo llamen allí va a trabajar.*

*- A veces hablamos del trabajo, que no hay, yo estoy preocupado con el trabajo.*

*- Eso, la mayoría de la gente. Del futuro... que pensamos que no hay futuro, porque ahora yo como en mi casa, pero cuando no tenga que comer en mi casa... Lo que pasa es que te crees que nunca va a llegar, pero te pones a pensarlo y llega un momento en que tienes que buscarte la vida.*

*- Comer es lo de menos, en un supermercado mismo, pero... ¿y una casa? Hoy en día comprar una casa o alquilar una casa es imposible, y los jóvenes viven con los padres hoy por eso, porque a lo mejor mucha gente quiere independizarse y no puede.» (GD.S)*

No presentan un sistema de creencias articulado: «Es muy difícil que un 'chavea' de 15 años tenga ideas políticas» (E.15.S), reconoce un adolescente. Poseen cierto ideario, con sus contradicciones necesarias, a veces surreales, por ejemplo: considerar al Che Guevara como un héroe, un luchador, y junto a su foto llevar una estampa de la Virgen del Rocío. Y no tener interés en la política, o gustarle la música radical vasca y definirse como una persona devota de su Hermandad de Semana Santa, o cantar el himno andaluz con la ikurriña. Pero ante la crítica social, algunos más organizados intentan reflejar una «buena imagen»:

*«Lo último que hemos decidido es, en un partido, sacar una pancarta en el Gol Norte contra el racismo y repartir 10.000 globos rojos y blancos; con letras contra el racismo, y empezar a hacer campañas de concienciación; tratar de echar un poco la mala fama que hay sobre el fútbol» (E.21.S).*

Enarbolan más banderas andaluzas que españolas, pero no existen relaciones políticas paralelas. En realidad, la emoción con su equipo es la ideología representada:

«- Yo pienso que la violencia la da la sociedad, no el fútbol. En el fútbol es donde más se refleja. Es una manera de desahogarse.

- Olvidarse de todo. ..

- Te descargas de tus problemas en el fútbol, te olvidas del instituto, del colegio, del trabajo, de los problemas con tus padres, de la casa, de la falta de dinero, del paro, de los 'rollos' familiares.

- Yo creo que el domingo por la tarde es un tiempo muerto, está todo cerrado, no hay nada, hay tres cines aquí en Cádiz, y entonces, la gente va a divertirse viendo al Cádiz, aparte de ver el fútbol te diviertes, te ríes un poco...

- Yo, por ejemplo, cuando juega fuera, me quedo escuchando todo el tiempo al Cádiz.

- Y algunos días vamos a verlos entrenar...

- Eso, y cuando me entero que hay una entrevista del Cádiz o van a hablar del Cádiz en la radio, la pongo...

- Yo... que muchas veces estamos toda la peña de amigos sin ir a la calle y empezamos a hablar del Cádiz...

- Ser cadista no es ser cadista los 90 minutos que vas tú los domingos. Es ser cadista todos los días.» (GD.C)

La enemistad entre los grupos refleja la rivalidad entre las ciudades: el centralismo administrativo y político de Sevilla contra la periferia turística de Málaga, o el enclave portuario de Cádiz: «No es un problema con las personas; yo tengo amigos sevillanos. Se trata de ir contra todo lo que representa Sevilla» (E.22.C). El hecho de pertenecer a una ciudad se convierte en un factor más determinante que la adscripción ideológica, que se podría compartir entre las distintas aficiones ultras, definibles como *nacionalistas de izquierdas*, aunque cada vez menos. El elemento final de relación siempre es la afinidad con el club, y eso es un estado de emoción:

«Está claro que el Cádiz está siempre por encima de los jugadores que hay ahora, de los que haya mañana y del presidente que hay ahora y que haya mañana.» (E.20.C)

Los ultras son una recuperación del *clan* que está dentro de cada club, ofreciendo un sentido más comunitario que asociativo. Como «jóvenes del clan» se identifican por referencia contra «los otros»: los béticos radicales son ante todo antisevillistas, los sevillistas radicales son «antibéticos»...

Estas diferencias entre aficionados es un hecho nuevo. Históricamente, en la comunidad rural, casi toda la población masculina participaba en la celebración de los deportes. No había espectadores, en el sentido actual de la palabra. El apoyo era más enraizado y había mucha unión entre los participantes. Durante buena parte del siglo XX, los espectadores coincidieron en la uniformidad del fordismo, el pleno empleo y la seguridad del Estado de Bienestar. Tras la crisis

económica de los setenta, los ultras suponen la primera escisión importante en la masa de aficionados. Así, son identificados negativamente por la clase media, que solicita la corrección de «esta juventud de hoy». Pero los grupos radicales siguen ahí porque cumplen un papel complementario: aportan un contingente amplio, «somos hijos de trabajadores», que se refleja en la cuota de ingreso del club. Además, empujan a su equipo hacia la competición con más eficacia que ningún otro sector aficionado.

El estadio es el lugar donde los jóvenes disfrutan de autonomía a pesar del cerco de seguridad que les rodea. Ser el centro de atención les mantiene en su orgullo, que va ligado, en suma, a la actividad que demuestran, como los máximos aficionados, los más cercanos a los jugadores, al equipo, más aún en los momentos en los que el equipo va mal. Son una alegoría del «brazo armado» del club. Así, critican al resto de los aficionados, a los que denominan los «chaquetillas» o los «viejos». El palco de autoridades representa el escalafón superior de los asistentes, con una imagen sosegada, alejada de la pasión del resto del público. La disposición de los espectadores en el estadio es también una exposición diferente de las emociones (Jeu, 1977). A su vez, la desigualdad en la ciudad se representa en la jerarquía de los graderíos: los precios de taquilla simbolizan la posición material de los consumidores. Las gradas más baratas son siempre el lugar de los ultras, los fondos de gol, localidades que la UEFA asigna a espectadores «tipo C». Los precios más caros están en torno a la tribuna:

*«La gente que, por ejemplo, se mosquea más con el equipo, más gruñona, sería, por ejemplo, en tribuna, gente más pesimista, más vieja, conservadora, menos ilusionada siempre, y más quejica con todo» (E.16.S).*

Esos mismos adultos les dejan incumplir ciertas normas sociales mientras dure el partido. Así, los ultras constituyen un espacio social efímero e itinerante, un lugar de transición para jóvenes de clase obrera, un lugar más para la socialización juvenil y masculina donde, en ocasiones, al igual que en la competición, es más importante ganar que cumplir con las reglas. Para los jóvenes aficionados, privados de un espacio propio, carentes de libertad en las instituciones, la grada se convierte en uno de sus lugares públicos, del que se apropian y donde manifiestan su diferencia.

## Bibliografía

- ACOSTA, R; RODRÍGUEZ, F. (1989). *Los jóvenes «ultras» en el fútbol sevillano*, Sevilla: Instituto Municipal de Juventud y Deportes (mimeografiado).
- ANNETT, J.; COXON, S.; CRILLY, N.; REID, S.; STEAD, A. (2000). «El desarrollo del estadio moderno de fútbol: el ejemplo inglés», en *Apunts*, nº 59. INEFC, Barcelona, pp. 62-66.
- BAIGORRI, A., (1996). «Urbanización y Violencia. Una interpretación de la violencia ambiental en el deporte», en: García Ferrando, M; Martínez, J. R. (eds.), *Ocio y deporte en España. Ensayos sociológicos sobre el cambio*, Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 339-352.
- BALE, J. (1993). *Sport, space and the city*, Londres: Routledge.



- BROMBERGER, C. (2000). «El fútbol como visión del mundo y como ritual», en: Roque, M. A. (ed.), *Nueva antropología en las sociedades mediterráneas*, Barcelona: Icaria, pp 253- 274.
- BUFORD, B. (1992). *Entre los vándalos*, Madrid: Anagrama.
- CARABAÑA, J. (ed.) (1995). *Desigualdad y clases sociales*, Madrid: Fundación Argentaria.
- CARTER, D. et al. (1989). *Football in its place. An environmental psychology of football grounds*, Londres: Routledge.
- DUNNING, E. MURPHY, P. y WILLIAMS, J. (1988). *The roots of football hooliganism. An historical and sociological study*, Londres: Routledge.
- ELIAS, N.; DUNNING, E. (1992). *Deporte y ocio en los procesos de civilización*, México: FCE.
- FOUCAULT, M. (1984). *Vigilar y castigar*, Madrid: Siglo XXI.
- FREUD, S. (1980). *Psicología de las masas*, Madrid: Alianza Editorial.
- FROMM, E. (1975). *Anatomía de la destructividad humana*, México: FCE.
- GARCÍA FERRANDO (1992). «Entrevista», en *Hoja Informativa* (Número de Febrero), Madrid: Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en CC.PP. y Sociología, p. 3.
- GAVIRIA, M. (1979). *El buen salvaje: de urbanitas, campesinos y ecologistas varios*, Barcelona: El Viejo Topo.
- GIDDENS, A. (1998). *Sociología*, Madrid: Alianza
- JAMESON, F. F.; ŽIŽEK, S. (1998). *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires: Paidós.
- JEU, B. (1977). *Le sport, l'emotion, l'espace*, Paris: Vigot.
- LE BON, G. (1975). *Origen de la psicología de las masas*, Buenos Aires: FCE.
- LORENZ, K.. (1974). *Sobre la agresión: el pretendido mal*, Barcelona: Grijalbo
- MAGNANE, G. (1966). *Sociología del deporte*, Madrid: Península.
- MASON, T. (1988). *Sport in Britain*, Londres: Faber & Faber.
- RACIONERO, L. (1985). *El mediterráneo y los bárbaros del norte*, Barcelona: Plaza y Janés.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., LEÓN, A., RAMOS, F., AGUILERA, J.L. (1994). *Las hinchadas radicales andaluzas en el fútbol andaluz de primera división*, Sevilla: Junta de Andalucía (mimeografiado).
- SCOTT, J.P. (1970). «Esa antigua agresión», en: Montagu, M. et al., *Hombre y agresión*. Barcelona: Laia.
- SENADO (1990) *Dictamen de la Comisión Especial de la violencia en los espectáculos deportivos con especial referencia al fútbol*, Madrid: Cortes Generales.
- SHAW, D. (1987). *Fútbol y franquismo*, Madrid: Alianza.
- TAYLOR, I. (1985). «On the sports violence question: soccer hooliganism revisited», en: Hargreaves, J., *Sport, culture and ideology*, Londres: Routledge, pp. 152-196.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. y VARELA, M. (1973). *100 años de deporte. Del esfuerzo individual al espectáculo de masas*, Barcelona: Difusora Internacional.
- VINNAI, G. (1974). *El fútbol como ideología*, Buenos Aires: Siglo XXI

WHITE, C.M. (1970). «An analisis of hostile outburat in spectator sports», en *Abstracts of graduate thesis in phisycal education, recreation and health education*, Chicago: University of Illinois Press.